

Nastias y Tropismos. La adopción desde la perspectiva de la infancia.

Eulalia Torrubia Balagué

Universidad Pontificia de Salamanca

Sean mis primeras palabras para dar las gracias a la Universidad Ramón Llull y a la Fundación Vidal i Barraquer por su acogida. Felicidades también por el 40 aniversario de la Unidad de Familia y Pareja.

Especialmente quiero agradecer al director de la REDIF, Carles Tejedor, su ayuda y disponibilidad. Y a José Luis Guzón, con quien he tenido la suerte de trabajar estos últimos años. Querido José Luis, eres un *match point* –como dice tu amigo de Alicante–, excepcional, porque sacas de cada uno lo mejor que llevamos dentro.

Por supuesto, no me olvido de las once familias que han compartido algunos momentos de la adopción de sus hijos; gracias a ellas hemos podido elaborar esta intervención.

El resultado no ha sido un texto científico, tiene poco de eso. No hay cifras, porque pesaría demasiado. Los datos no están contrastados, porque todos son originales y precisos. Hemos utilizado referencias biográficas más que bibliográficas y está hecho con mucha delicadeza, porque como dice Solórzano:

Cuando alguien se acerca a la vida de una familia debe tener tacto para conocer los inicios, respetar las zonas oscuras, sopesar los frutos, comprender los errores, valorar los progresos evolutivos,

*calar el espíritu que la hace perdurar en el tiempo*³⁸.

El título *Nastias y Tropismos* me lo sugirió Daniel, después de pasar una tarde estudiando las plantas. Toda la lección era en inglés, y yo tenía la sensación de que no había aprendido nada. Al rato, le vi dándole la vuelta a todos los tiestos. Me dijo que sólo les ayudaba a buscar la luz que necesitaban sus hojas, porque las raíces las tenían que "mover" ellas mismas.

Las plantas, como los padres, tienen propiedades secretas. Hay plantas que son valiosas farmacias naturales. Por eso, tienen propiedades curativas. Sólo hay que saber cultivarlas:

*Por ejemplo, la mandrágora o mandrágula, es un reconstituyente muy eficaz –dijo Hermione [...]. Se utiliza para volver a su estado original a la gente que ha sido transformada o encantada*³⁹.

Los niños que son adoptados necesitan saber algo de su original estado, y, como las plantas, reaccionan con el movimiento. A veces se vuelven rígidos y todo su cuerpo se cierra, como su corazón. En botánica, se conoce con el nombre de nastias al movimiento de la planta que no va acompañado de un crecimiento.

³⁸ Cf., SOLÓRZANO, J. A., *¿Por qué la luz no dobla las esquinas?*, Salamanca, Editorial San Esteban, 1991, 17.

³⁹ ROWLING, J. K., *Harry Potter y la cámara secreta*, Emecé Editores, 1999, 66.

Otras veces, sí se produce crecimiento. Es lo que se conoce como tropismo; un ejemplo es el crecimiento de las plantas hacia la luz. Otro, el *hidrotropismo*, cuando las raíces crecen buscando las zonas más húmedas del suelo. Para que el niño adoptado pueda crecer, necesita saber y hablar de esa parte de su breve biografía que le permitirá echar raíces en el nuevo patio familiar. Como dijo José María Cabodevilla: «Dotadas sólo de presencia, privadas de pasado, las cosas quedan desfondadas y sin sentido»⁴⁰.

Kazán, Nizhny Nóvgorod, Vietnam, Nanchang, Kanton o San Petersburgo son algunos de los nombres que designan el origen topográfico de Eugenio, Daniel, Vega, Alejandro, Павел, Andrea, Nico, Javier, Carlos, Elena, Cristina y María. Los niños y niñas que, junto a sus familias, nos han hablado de la adopción para escribir estas páginas.

Les llamamos niños adoptados. Han sido expuestos por quienes les dieron la vida y en la vida les dejaron. Son infinitamente queridos por unos nuevos padres que los sostienen, y los lazos que los unen para siempre superan la biología, la sangre y la herencia. Son chinos, rumanos, rusos o vietnamitas. Son rubios de ojos grises, negros de pelo ensortijado, amarillos de ojos rasgados. Son niños. A veces, sus corazones –como las raíces de las plantas– se retuercen y profundizan para buscar sus orígenes.

Los niños adoptados deben saber que sus padres realizaron una gran hazaña, que se inició desde el momento en que decidieron adoptar. Las familias que hemos entrevistado han vivido una historia señalada y han afrontado la adopción con la perseverancia de un *Hércules*.

Hay padres muy valientes, que se organizaron para emprender el viaje sin ECAI (Entidad Colaboradora de

Adopción Internacional), ni intermediarios. Como *Hermes* cruzaron las fronteras y superaron con ingenio las dificultades. Otros padres viajaron a países con temperaturas de 22° bajo cero y, entonces, supieron qué era el frío de verdad. Y como *Atalanta*, encontraron protección y consejo.

Todas las familias adoptivas aprendieron a esperar como *Penélope* y *Telémaco*. Igual que *Atlas*, sostuvieron por un tiempo el mundo, porque los hijos podían llegar de cualquier lugar del planeta y siempre serían bienvenidos a nuestras vidas. Lo único que quieren los padres es abrir las puertas al sol todas las mañanas a sus hijos, y cerrarlas por la noche. Como lo hiciera *Jano*.

Las madres con las que hemos hablado se prepararon para el momento de las preguntas. Todas coinciden en que se debe tener una mínima historia elaborada. Para ello guardan, en lo que llamamos *adopteca*, los motivos, las fotografías del encuentro, los videos del viaje, el álbum de los acontecimientos vitales, la llegada, detalles de quienes te esperan. Todos los recuerdos servirán para que las raíces de sus hijos tengan la humedad suficiente que les permita seguir creciendo.

1. Cristina y María. Cuando la biología se impone y el amor de los padres persevera.

Comenzamos con la que fuera probablemente una de las primeras adopciones que se realizaron en Salamanca. Las niñas tienen ahora 24 y 27 años. Y tres y seis años cuando fueron adoptadas. Ana nos cuenta la mala experiencia de su hermana y de su cuñado. Con la serenidad que la caracteriza habla de lo que no debería ser una adopción:

Llevaron la adopción con mucho sigilo. De un día para otro nos dijeron: mañana nos dan dos niñas de 3 y 6 años.

⁴⁰ CABODEVILLA, J. M., *Consolación de la brevedad de la vida*, BAC, 1982, 215.

Hermanas. Pero no debieron hacerlo así; les podíamos haber ayudado. Sobre todo, cuando supimos que el padre biológico era alcohólico y la madre esquizofrénica. No pudimos entender cómo mi hermana y mi cuñado dieron ese paso. Ella es bióloga y farmacéutica. Él, radioterapeuta. Paco, mi marido, pediatra. Con el tiempo, el factor biológico se manifestó en las niñas. Los brotes esquizoides comenzaron en la adolescencia. Primero fue el diagnóstico, después les costó mucho encontrar un especialista que acertara con el tratamiento. Las niñas nunca han podido hacer una vida normal. A partir de ahí todo fue complicándose: el cáncer de mi hermana y la muerte de mi cuñado.

También falló la educación. De pequeñas tuvieron todos los caprichos. Se lo podían permitir. De todo, lo mejor: ropa, juguetes, viajes... Demasiadas cosas para compensar lo que no se puede cambiar. Y las niñas muy exigentes. Con una actitud en la que parece que les tienen que dar las cosas, como si fuera una obligación de mi hermana. Siempre te cuestionas qué pertenece a la enfermedad y qué no.

El padre biológico murió alcoholizado, la madre ingresada en un hospital psiquiátrico consumida por la enfermedad. Cristina y María también tenían un hermano, y la condición era no separarle de sus hermanas; pero los tíos se quedaron con él porque trabajaban en el campo. Murió atropellado por un camión.

Mi hermana –dice Ana– no quiso coger ningún dinero de la herencia de su marido. Algo que le reprochan las niñas: «Con ese dinero podíamos haberle arreglado los dientes a mi madre».

2. Andrea habla chino y es española hasta la médula.

Luis, hermano de Andrea, me escribía este correo:

Me resulta grato ponerme en contacto con usted y ponerme a su disposición para todas las cuestiones que quiera plantearnos a mi familia, como a mí en particular.

Mi hermana Andrea vino con 17 meses, después de una estancia de 15 días de mis padres en Kanton y en Pekín, ya que mi hermana era de un pueblo próximo a Kanton, llamado Wuchuan. Recuerdo que Andrea, con 6 añitos, solía preguntar si había salido del vientre de mi madre y el por qué no. Mis padres le decían que ella era española, pero que nació en China, que no "había salido del vientre de mamá", pero que era una hija querida como si hubiera sido así, que ella "había salido del corazón".

No se lo tomó como un momento de pérdida y no se cuestionó conocer a sus padres biológicos. Ahora, de mayor, quiere ir a China para conocer sus raíces. Sabe que no es posible conocer a sus padres porque no se tiene ninguna información sobre ellos. Desde hace unos 4 años se apuntó a clases de chino, y es de las pocas niñas adoptadas en Jaén que asisten a clase, porque, en general, no quieren saber nada de sus raíces.

A mí me hizo mucha ilusión tener una nueva hermana y, más aun, ser "distinta" a mí. No sabría decir si hay alguna diferencia entre un hermano menor biológico o un hermano menor adoptado, porque para mí siempre ha sido mi hermana, a secas. De hecho, muchas veces me tienen que recordar que ella es adoptada, porque desde pequeño la he visto como a mis hermanas mayores, españolas hasta la médula. Su nombre completo es Andrea Mei (...), lo único que mantiene es su nombre chino, que significa "flor de loto".

3. Vega cursa 5º de Primaria y tiene 10 años.

Vega es una niña preciosa. Sus ojos rasgados y suaves contrastan con una actitud fuerte y desafiante. Es observadora, enseguida se da cuenta de lo que sucede a su alrededor. En ocasiones, muestra una actitud ajena y poco comunicativa. Es la más pequeña del grupo. Con apenas 6 años se sentó en la cama de sus padres y sus lágrimas precipitaron las preguntas. ¿Por qué su madre la había abandonado? ¿Qué había hecho para que la abandonara? ¿Por qué no la quería?

Cuando se tranquilizó, le explicaron que su madre biológica la quería mucho, pero que no la podía cuidar como se merecía. Eso era así porque la dejó muy abrigadita, y con mucho cuidado la puso en un sitio donde la encontrarían enseguida. Hasta que ellos –que tanto la habían esperado– le pudieran ir a buscar.

Vega sufre el abandono, y responsabiliza de ello a su madre biológica. Sólo busca respuestas dirigiéndose a su madre. En ocasiones crea una auténtica provocación. Una tarde, Vega se levantó y dijo:

- No, porque tú no eres mi madre.
- Si te parece, ni yo soy tu madre, ni esta es tu hermana, ni estas son tus primas, ni ella es tu abuela. Así que si nosotras no somos tu familia, ahí tienes la puerta. ¡A ver qué encuentras en China!

Un día una compañera del colegio le dijo:

- Pero, Vega, ¿tú eres adoptada?
- ¡Anda esta! ¿Pero es que no lo ves? Mira mi madre, que es morena y yo soy china.

4. Павел. 3º de la ESO, 14 años.

Павел pasó la infancia con su abuela María. Me contó que llegó a España con 4 años. En el orfanato, los niños mayores

enrollaban a los niños pequeños en las alfombras y les tiraban por la ventana para que cayeran en los montones de nieve.

Павел creció rodeado del inmenso cariño de María. La madre trabajaba y era la abuela quien lo llevaba al colegio y lo iba a buscar. En su pequeña casa había sitio de sobra para los dos.

Siempre que puede, Павел va a visitar a su abuela:

Yaya, ¿por qué vives ahora en esta residencia? ¿Por qué no te quedas en tu casa? Ahora, vives en un sitio parecido al que yo recuerdo. Yaya, yo te vendré a visitar y sabré si has sonreído cada día. Lo sabré por tus arrugas. Porque, si sonríes, las arrugas salen en los lugares más bonitos de la cara; y si no sonríes, las arrugas salen feas y no te van a gustar.

5. Eugenio, 2º de la ESO, 13 años. Lo que más le gusta es ser monaguillo los domingos.

Hace dos años que Eugenio jugaba en los recreos a ser un «ruso peligroso». El día en que una nueva compañera llegó a su clase y dijo que era adoptada, Eugenio levantó la mano para añadir: «Profesora, yo también soy adoptado. Tenía muchas ganas de decirlo, pero no sabía cómo».

En casa han tratado la adopción. Querían ser una familia más grande y por eso le fueron a buscar.

- Nos preguntó que si le habíamos elegido. Por qué le habíamos elegido a él y no a otro niño.
- Yo le dije que no podíamos elegir. Que lo que toca, toca. Igual que los hijos biológicos. Nadie los elige y llegan.

Uno de estos veranos viajarán a Kazán para que conozca donde nació. Su madre recuerda con temor el viaje en tren desde Kazán a Moscú. Iban tres matrimonios

con sus niños y les mandaron separarse en distintos vagones. La intérprete les dijo que no les gustaba ver cómo los extranjeros se llevaban a los niños.

6. Daniel, 11 años, 6º de Primaria. (...) *I lluita amb las ventades que atupen la ribera, com un gegant guerrer*⁴¹.

– ¿Sabes qué te digo? Que si ellos no me han querido, pues yo tampoco a ellos. Que se fastidien. Si ni la otra, que ahora no me acuerdo cómo se llama, y Juan, el de las habichuelas, no han querido saber nada de mí, yo tampoco de ellos.

Con esta reflexión nos quedamos dormidos una noche. Daniel sólo habla de sus cosas por la noche, cuando la oscuridad lo tapa todo. A los cinco años no dejaba de preguntarnos si le habíamos comprado y cuánto habíamos pagado por él. Su padre le dijo que no había dinero en el mundo para comprarle. Aquel día nos regaló una gran sonrisa y un buen beso. Algo, en la vida de Daniel, quedaba en paz para siempre.

7. Alejandro, 16 años. Hasta el año pasado, ciclista. Ahora, estudia. Llegó de San Petersburgo.

M^a Cruz, su madre, no recuerda que hubiera un momento especial en el que saliera el tema:

Alejandro lo ha sabido desde siempre. Desde bien pequeño le dijimos que era de otro país y le explicamos todo con naturalidad. Le hemos contado la verdad. Lo que él quiera saber se le dice. Él pregunta y nosotros contestamos. Ahora ya no pregunta, ni tampoco parece interesarle su pasado.

¿Para qué voy a ir allí, mamá?, me dice. Imagino que más de una vez piensa en la adopción. Pero yo no lo sé.

Lo que más recuerda M^a Luz es cuánto se movía su hijo. No se estaba quieto ni un segundo:

Era agotador. Apenas estábamos un rato en el parque y nos íbamos porque no paraba de tirar tierra a todos los niños.

En este sentido, Ana, la tía de Daniel, nos dijo:

Mi sobrino no caminaba, corría. Iba corriendo a todas las partes. Tuvo una temporada en que si alguien se acercaba a mi hermana y él lo veía, dejaba todo, salía corriendo y apartaba, como podía, a la persona que estuviera al lado de su mamá. A veces, sus primos le hacían rabiarse porque les parecía divertidísimo ver a un pequeño de 20 meses correr para que nadie tocara a su madre. Cuando le ponían en la cuna comenzaba a recorrerla con su cuerpecito. Daba vueltas y vueltas hasta que se cansaba.

8. Nico tiene 15 años. También se movía mucho. Tenía a sus padres desesperados, tanto que la madre llegó a plantearse el retorno del niño:

Llegó con cinco años. No paraba, se subía por el mueble del comedor, escupía, hablaba con un vocabulario que –según su prima– te ponía "de bonita para arriba". Defecaba en la ducha. Ahora ya no hay nada de eso.

9. Javier, 12 años. Le encanta jugar al ajedrez, pero no logra ganar a su padre.

Una tarde, la mamá de Javier se cansó y le dijo:

– Javier, ¡Deja de hablar con acento ruso! Javier miró con cierto temor a su madre. Con la voz bajita le contestó:

⁴¹ Miquel Costa i Llobera (1854-1922). *El pi de Formentor*. Recuperado de <http://www.edu365.cat/eso/muds/catala/literatura/poesia/paisatge/pantalla8.htm>.

- Ya, pero yo soy ruso.
- Sí, pero también eres español y no haces esas tonterías. Si quieres hablar ruso, te llevo a clases para que aprendas, porque eso no es hablar en ruso.
- ¡Vale! Pero mejor, no. Ya tengo bastante con el inglés.

10. Carlos llegó con 8 meses desde Perú. He llamado a su madre. Me cuenta:

Carlos es un joven feliz. Le encanta el fútbol y es del Barça. No tiene ningún interés en saber de su pasado. Nunca ha preguntado por sus padres, ni por su madre biológica. Desde hace tiempo puse en casa una hucha para viajar a Arequipa. Pero él me dice: «Mira, mamá, con el dinero de la hucha, mejor nos vamos a Barcelona a conocer el Camp Nou».

En el orfanato donde estaba Carlos, había otro niño, un año mayor que él. También adoptado por otra familia que viajó con la de Carlos. Le llaman "el primo". Se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas. Durante los dos primeros años de su llegada, su madre no consiguió que se sentara en una silla. La cama, también era un problema. De madrugada, la mamá iba a su habitación y le encontraba tumbado en el suelo. Su madre decía que era indio, indio; y que la biología podía más que la comodidad " (De esto hace ya 16 años).

11. Elena se entusiasma por todo. No para ni un segundo. Sólo se está quieta en la escuela. Su mamá, la de aquí, le ha escrito una historia para explicarle cómo se encontraron. Elena llegó del país del agua, quizá por eso su mamá, la de aquí, no dejó de llorar durante la ceremonia en la que las familias biológicas entregan los niños a las familias adoptantes.

Elena le dice: «Bueno, mamá, no te preocupes. La de allí sólo fue mi mamá una vez, pero tú eres mi mamá para siempre».

A finales de 1980 los procesos de adopción eran muy distintos a los de ahora. Hasta el 2007 en Castilla y León no comenzaron a impartirse cursos de formación obligatoria para los padres adoptivos. Las familias adoptantes necesitan apoyo y formación. Hay que fortalecerlas, sostenerlas, impulsarlas y defenderlas con una actitud generosa.

La familia –escribe José Ignacio Tellechea– es el lote que nos regaló la vida y lo importante es aceptarlo, como la estatura, y llevarlo con dignidad, sea cual sea⁴².

A veces, una relación se descubre suavemente y uno se siente como "habitado" y recibido de sus padres (...) que te quieren mucho antes de conocerte, a quienes te vinculas y en quienes te cobijas.

⁴² Tellechea, J. I., *Tapices de la Memoria. Historia clínica* 279. 952, San Sebastián, Kutxa, 1991, 26.